

## **DOMINGO XVII ORDINARIO**

Queridos hermanos y hermanas:

El camino de Jesús fue un camino de oración. Lucas es el evangelista que más veces hace alusión a Jesús orante, tanto en comunidad como en solitario, en momentos de alegría o de crisis.

Las lecturas de hoy nos recuerdan que también el nuestro debe ser camino de oración. El mismo Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, presenta muchas veces a la comunidad en oración, así como a cada uno de sus protagonistas. El domingo pasado, con la escena de Marta y María, nos recomendaba Jesús saber escuchar la Palabra. Hoy nos ayuda a entender la importancia de la oración en nuestra vida, enseñándonos el Padrenuestro y también indicándonos las cualidades que debe tener nuestra oración.

Otro tema que aparece, esta vez en la segunda lectura, es el bautismo, sacramento por el que somos insertados en el misterio pascual de Cristo.

Orar significa abrirse a Dios. Nuestra vida no puede estar centrada en nosotros mismos o en las cosas de este mundo. Debemos contar también con Dios, escucharle, hacer un lugar para él en nuestro programa de vida y dirigirle nuestra oración con confianza de hijos. La oración es algo más que recitar unas fórmulas o poner en marcha un mecanismo "comercial" para obtener favores. Es una convicción interior de que Dios es nuestro Padre y que quiere nuestro bien más que nosotros mismos.

La primera lección del evangelio de hoy es la confianza que debemos tener en Dios. Si el amigo inoportuno consigue lo que necesita, si un hijo puede esperar que su padre le dé lo mejor, si Abrahán logra con su insistencia que Dios le escuche, ¡cuánto más nosotros, que por Cristo hemos sido admitidos como hijos en la familia de Dios, podemos dirigirnos con confianza a él como a nuestro Padre! El protagonista de la parábola no es "el que pide", sino "el que da", o sea, Dios. La frase más importante es: "¡cuánto más su Padre celestial!".



No sabemos de qué modo es eficaz nuestra oración. Pero lo es. A Abrahán, Dios le escucha y le acepta todas las "rebajas" que se atreve a pedirle. Jesús nos dice "pidan y se les dará". Confiados en esta promesa de Jesús, podemos nosotros decir lo que hemos dicho en el salmo: "cuando te invoqué, Señor, me escuchaste".

No se trata de recordarle a Dios algo que no sabe para inclinar su voluntad a nuestro favor. La oración es eficaz porque cuando "decimos" ante Dios nuestra petición nos ponemos en sintonía con él, nos situamos en su "longitud de onda", porque él quiere nuestro bien con mucha más profundidad de lo que nosotros podamos pensar. Es como cuando salimos de casa para que nos dé el sol: el sol ya estaba allí, y nosotros nos hemos puesto "al sol" y entonces es eficaz nuestro deseo.

Si nos sabemos hijos, ya desde nuestro bautismo, debemos actuar como hijos. Y, entre otras cosas, orar como hijos. Por eso la oración que nos ha enseñado Jesús empieza con las dos mejores palabras: "Padre nuestro ...".

Lucas añade un matiz especial. Jesús nos dice que el Padre nos dará su Espíritu Santo, su mejor Don, la plenitud de todo lo que le podemos pedir nosotros.

La oración del cristiano es, ante todo, oración de bendición, de acción de gracias, de admiración. Como rezamos hoy con el salmo: "Te doy gracias, Señor, de todo corazón". Lo hacemos en la Eucaristía y en tantos salmos de alabanza.

Pero también a veces nuestra oración a Dios es como la de Abrahán, que, a pesar de que conocía el gran pecado de aquella ciudad, pide a Dios por ella. Nosotros también intercedemos por los demás, haciéndonos solidarios de sus necesidades. No importa que luego Dios no pudiera encontrar esos "diez justos" que sugería Abrahán. Pero Dios le había escuchado.

Es bueno que pidamos por nuestra ciudad, por los enfermos, por los jóvenes, por los que sufren, por la paz del mundo. El mero hecho de rezar así expresa nuestra solidaridad y orienta nuestra vida en la dirección de esas peticiones, como hacemos en la Oración Universal de cada Misa.



Para nosotros, el verdadero y definitivo Mediador es Cristo Jesús. Como nos ha dicho Pablo, "Dios les dio vida en Cristo, perdonándoles todos los pecados". Cristo no sólo ha intercedido con palabras, sino que ha pagado él mismo el rescate, haciendo suya y destruyendo en su cruz la "factura" que pesaba contra nosotros.

Otras veces, por fin, oramos por nosotros mismos, porque nos sentimos débiles y caducos.

Orar nos sitúa en nuestro lugar justo ante Dios y ante la vida. Orar nos hace un poco más humildes, nos recuerda que no nos salvamos a nosotros mismos, que no tenemos todas las claves de la felicidad ni de la sabiduría ni del bienestar del mundo.

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría**  
**Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**